

FA Foll 005.625

FA File 000.625

SERMON

PREDICADO EN LA INSIGNE IGLESIA COLEGIAL DE S. FELIPE

ANTES NATIVA

EN LAS FIESTAS DE CENTENAR

CON QUE DICHA CIUDAD EN LOS DIAS 2, 3, 4 Y 5 DE
AGOSTO DE 1800 SOLEMNIZÓ LA MEMORIA DE HABERLA
PROTEGIDO LA SANTISIMA VIRGEN MARIA,
BAXO LA INVOCACION DE LA SEO,
EN LA PESTE DE 1600.

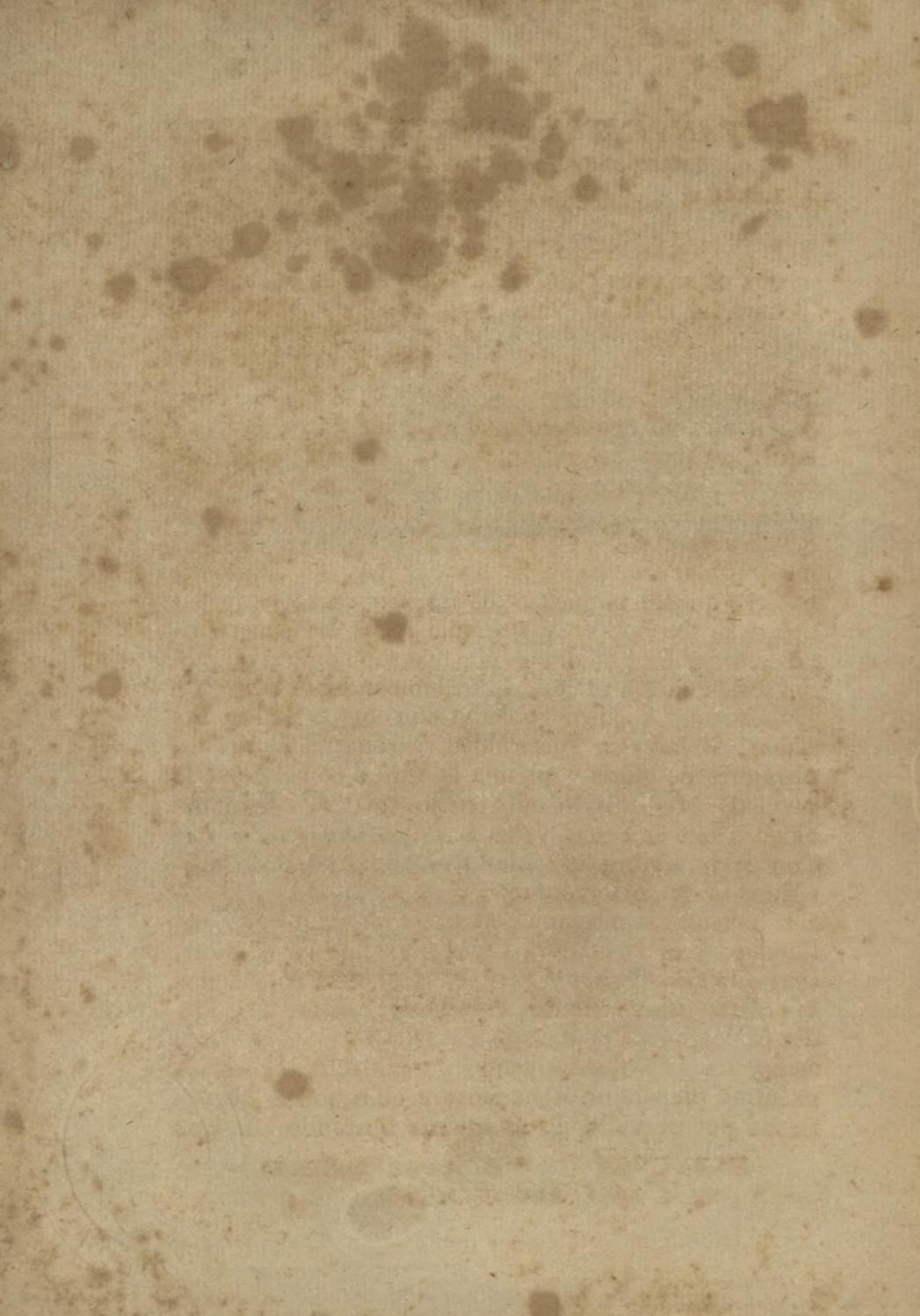
LO PREDICÓ EN EL 2.º DE DICHOS DIAS,

POR ENCARGO DEL CUERPO DE COMERCIO DE LA MISMA
CIUDAD,

EL Dr. D. PEDRO PICHÓ Y RIUS,
CATEDRATICO DE ELOQUENCIA Y ENCARGADO DE LA
DIRECCION DE LOS ESTUDIOS PUBLICOS DE LA MISMA,
ACADEMICO DE HONOR DE LA REAL ACADEMIA DE
S. CARLOS Y SOCIO DE NUMERO DE LA REAL
SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL
PAIS DE VALENCIA.

VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT.
AÑO 1800.



*ET STANS INTER MORTUOS ACVIVENTES
PRO POPULO DEPRECATUS EST, ET PLAGA CES-
SAVIT.*

Y PONIENDOSE ENTRE LOS MUERTOS Y LOS
QUE QUEDABAN CON VIDA ROGÓ POR EL PUEBLO, Y
CESÓ LA PLAGA. Num. xvi. 48.

I.

Quando yo considero cuál suele inflamarse la ira de aquel justísimo Señor, que mira la tierra y la hace temblar, que toca los montes y humean ¹, cuya espada aniquila las naciones, y esconde los imperios mas brillantes baxo el polvo que pisamos; infiero que en nuestras ofensas contra su bondad hay un fondo de malicia que la poquedad de nuestro corazon apenas nos dexa reconocer: y veo que todas las generaciones y todas las grandezas humanas son como si no fueran ante este gran Dios, que dominando al tiempo y al universo, á quien gobierna con una presencia inefable, sentado en la eternidad rie tranquilo entre esplendores de gloria y premia la virtud con el gozo de su vista. Mas quando miro en los anales de la humanidad detenida tantas veces la ira de Dios por la oración del hombre justo; me sorprende el contraste misterioso de su mansedumbre y su severidad ² sin dexar de ser en sí mismo eternamente inmutable: y hallo que no es la criatura capaz, no digo de explicar, sino aun de admirar y venerar la grandeza del Señor mirada en estos atributos. Se multiplican las iniquidades de los hombres delante de Dios: el Señor desde arriba les está distribuyendo inestimables beneficios mientras prepara otros nuevos; y ellos andan discutiendo por el valle de su miseria buscando con que

1 Salmo 103. 32. 2 Salm. 88. 15,

formarse ídolos á quienes doblen la rodilla y ofrezcan el corazon: provocan al Señor: agravan sus maldades: enójase Dios: manda á las criaturas, instrumentos de su venganza: desátanse contra el hombre los vientos y las borrascas, y aniquilan el trabajo de sus manos: tiembla la tierra, ábrese y devora las ciudades: se inficionan los ayres, y desfallece el espíritu de la vida: el fuego se extiende, y entrega á los vientos resuelta en humo y ceniza nuestra riqueza: la guerra, la horrenda guerra atronando los campos lo tala todo, viste de luto las familias, corta los brazos de la patria, destruye los resortes de la sociedad, baña en sangre los tronos, y esparce por uno y otro lado el horror y la desolacion: toda la naturaleza se llena del espíritu del furor de Dios, y comienza á satisfacer en el hombre la infraccion de su voluntad divina. Pero habla á Dios el justo: penetrado de respeto y encendido en su amor le suplica, le insta: y Dios le oye, porque le habla el amor, la compuncion, la confianza de su criatura: le mira con aquella risa que serena los cielos, y cesa su indignacion.

¡Oh Señor! ¿qué es el hombre que así le engrandeces? ¿ó porqué inclinas á él tu corazon¹? ¿qué ven tus limpios ojos en el hombre? ¿qué pueden ver que te agrade, á no ser algun rastro de tu hermosura, alguna imágen de tí mismo? Así es, Señor: Tú ves en el justo adornado de tu gracia la semejanza de tu santidad impresa en su alma por tí mismo: y despues que en la redencion obrada por tu Hijo se dieron aquel ósculo inefable tu justicia y tu mansedumbre²; ves en el justo, colocado aun en esta vida ó trasladado ya á la lumbre de tu gloria, la aplicacion de los méritos de tu Hijo en quien así te complaces³. Y tanto mas fácilmente suele inclinarse tu bondad á la intercesion de alguna de tus criaturas,

5
quanto mayor es la abundancia de dones con que la has enriquecido, ó mas perfecta es la imágen de tu Hijo que en ella has trazado.

Pueblo fiel, hé aquí el fundamento en que estri-
va la proteccion que experimentas en la Santísima Vir-
gen María que se digna distinguirte en su amor: pro-
teccion de que esperas te hable yo en esta solemnidad,
con que intentas mostrar tu reconocimiento por aquel
señalado beneficio que dos siglos ha recibiste. Y co-
mo en aquel prodigioso suceso se vió claramente quán
agradable es á los ojos del Señor la mediacion de nues-
tra Señora y cómo desarma su justicia; pide el mis-
mo objeto y principio de mi oracion, que recorde-
mos brevemente las excelencias de esta Señora que así
agradan al Criador.

II.

La Santísima Virgen María es una criatura llena
de gracia y virtudes desde el instante mismo de su
concepcion, dotada de inexplicables dones sobrenatu-
rales, purísima, inmaculada, desprendida de toda in-
clinacion á objeto alguno de los que vana y mezqui-
namente entretienen nuestros sentidos, expedita en sus
facultades y potencias para las impresiones del Espí-
ritu divino, y por todas estas prendas indeciblemen-
te graciosa á aquellos ojos eternos que solo se com-
placen en la santidad y perfeccion. Es Madre verda-
dera de Jesu Christo Dios y Hombre, á quien concibi-
ó por obra del Espíritu Santo, y parió sin lesion
de su virginidad que jamas perdió. Es la mas santa
y la mas perfecta de todas las puras criaturas. Es Ma-
dre cariñosa de los Fieles constituida en esta qualidad
por el mismo Jesu Christo ¹. Disfruta un grado de glo-
ria correspondiente en la divina estimacion á su dig-
nidad. . . . ¿Mas cómo puedo yo deciros las excelen-
cias de nuestra Señora? Imploramos su auxilio para el
acierto y provecho en quanto digamos. *AVE MARIA.*

Discurrirémos , devotos Oyentes , en este rato sobre el maravilloso acontecimiento , motivo de esta solemnidad , con el fin de arraygar principalmente en nuestro corazon un sincero agradecimiento al Señor y á la Señora y una generosa confianza en su proteccion: y luego diremos algo sobre la manera de corresponder debidamente por nuestra parte á dignacion tan singular.

IV.

En Almansa se manifestó la peste á fines de mayo de 1599. Penetró en el reyno: y á fines de diciembre del mismo año se introduxo en el arrabal de esta Ciudad. A mitad de Enero de 1600 se declaró por apestado el arrabal , y se cortó su comunicacion con la Ciudad , y la de esta con las villas de Ontiniente y Alcoy , de las quales solo en la primera murieron hasta octubre mas de dos mil y seiscientas personas. Desde enero hasta San Juan del mismo año, contra todas las precauciones , se manifestó tambien algo dentro de la Ciudad el contagio , y desde San Juan adelante se inficionó esta del todo. Gran parte de sus vecinos la abandona: el terrible mal se encruelece en los que quedan con lastimoso estrago: no hay alivio ni en las fuerzas del arte , ni en los recursos al cielo. En poco mas de un mes pasan ya de dos mil y quinientos los muertos. El vecindario entregado al dolor, y ambos Cabildos en el mayor desconsuelo , determinan sacar en procesion esta misma santa Imágen de nuestra Señora , de cuya intercesion esperaban su remedio. El 5 de agosto , dia ilustre desde entónces en tus fastos , Ciudad dichosa , salió con la posible pompa el sagrado Simulacro dirigiéndose á la Iglesia de Santa Clara. Dobló allí el pueblo sus súplicas : y desde aquella hora la mejoría en los contagiados fué sensible : la epidemia se mitigó , se desvaneció , quedando

7
impreso en el corazon de los ciudadanos el reconoci-
miento, la confianza, la devocion á la Santísima Vir-
gen que trasmitieron á su posteridad ¹.

V.

1....Despues que abriéndose la tierra á presencia de todo el pueblo israelita se tragó á Coré, Dathan y Abiron con sus familias y sus tiendas, y el fuego de Dios abrasó seguidamente á doscientos y cinquenta mas de aquella muchedumbre ²; murmurando toda ella contra Moyses y Aaron al dia siguiente, salió de nuevo el fuego vengador de Dios, y discurriendo rápidamente abrasó catorce mil y setecientos hombres. A este punto llegaba acelerado el Sacerdote Aaron al parage del estrago con el incensario y el fuego santo del Altar, segun dispuso Moyses, y entrándose por medio de las llamas, ofreció á Dios el incienso exquisito del Santuario, oblacion que solo dentro de él podía hacerse ordinariamente: y poniéndose entre los muertos y los que quedaban con vida rogó por el pueblo, y cesó aquella plaga ³. Ved aquí, Católicos, renovado en esta Ciudad igual prodigio. Aquel incienso exquisito y suavísimo, cuya singular confeccion de diferentes aromas habia dispuesto el mismo Dios no queriendo hubiese en todo Israel otra como ella ⁴, representa, segun San Gregorio y comunmente los intérpretes, el conjunto de todas las virtudes que en la oracion de los Santos exhalan una fragancia sumamente agradable al Señor. ¿Y en quién podrémos decir, Amados mios, con mas propiedad, que se halla este conjunto de virtudes y gracias celestiales, sinó en la ino- centísima Virgen María, quien en todo el distrito del nuevo Israel no tiene semejante, y de quien dice el sagrado Espíritu: única es la paloma mia, mi palo-

¹ Estas noticias, y quantas contiene este discurso relativas á la peste y á la proteccion de nuestra Patrona en varias épocas, se han sacado de documentos fidedignos que existen en el Archivo de la Co- legial y otros, y de testimonios y relaciones dignas de toda fe.

² Num. cap. 16. y 26, ³ Num. 16. 48. ⁴ Exód. 30. 37.

ma perfecta en todo ? ¿Aquel fuego del Templo es otra cosa que el divino Amor , por cuya actividad se levanta del alma pura de María este perfume , esta fragancia delicada de sus virtudes con que Dios se recrea ? ¿Quién es Aaron y quién Moyses, sinó ambas potestades eclesiástica y civil , que disponen en vuestro conflicto aplacar la ira del Señor corriendo á ofrecerle este fuego y este incienso en medio del pueblo devastado por aquella calamidad , fuera del Templo como solo se hace en un apuro extraordinario ?

Trasladáos , Fieles , á aquel desierto , teatro ilustre de las maravillas de Dios , y mirad cómo van ondeando las llamas voraces llevando consigo envuelta la ira del Señor sobre la extendida muchedumbre de los Israelitas : y mirad cómo pasando han absumido ya catorce mil y setecientos de ellos. Mirad de repente suspendida con aquel prodigio la corriente del fuego : y preguntad al pueblo restante de Israel , si agradece tiernamente tan estupendo beneficio y confía en el amparo de su Dios , no obstante la dureza de su corazón. Pero necio de mí , que busco para vosotros en el Pueblo de Israel exemplos de gratitud y confianza : para vosotros , Pueblo tierno , á quienes el agradecimiento mismo congrega hoy en este Santuario : vosotros que acudís tantas veces á fixar los ojos lagrimosos en ese amable rostro de nuestra Madre y Señora : vosotros que no podeis reflexionar sobre aquel favor distinguido , logrado por su mediacion en conflicto tan funesto, sin que sintáis luego que una suave alegría mezclada de amor , de confianza y de un terror saludable , discurriendo como llama sutil de vena en vena asalta vuestro corazón , lo comueve , lo enciende y os hace prorumpir en lágrimas : vosotros que reconocéis claramente no tener asilo mas seguro en la calamidad que el amparo de nuestra Señora , quando exâminais quâ horrendos fueron los males de que entônces os libró.

Recordad conmigo la amargura y tribulacion de aquellos dias sombríos, para que se inflame mas la devocion nuestra en estos otros dias serenos en que unidos con lazos de caridad nos juntamos á cantar á Dios el cántico de gratitud. Mirad la peste en Almansa en el verano de 1599. Mirad quál baxa por aquellos montes que terminan nuestro reyno, y se extiende por esos valles y sierras del recinto. Ya se ha entrado por vuestro arrabal: burla las diligencias de vuestros mayores, y poco á poco se introduce en vuestras calles y plazas. En tanto que va desolando lastimosamente las ricas poblaciones situadas dentro de las montañas vecinas, se arrayga lentamente en vuestras casas, hasta que á fines de junio de 1600 se enciende ya con furor, y hace de vuestra Ciudad un teatro de miseria. ¿Habeis visto un espeso bosque poblado de árboles resinosos enlazados por sus ramas, cuyos matorrales va primero lamiendo un fuego ligero, quál se inflama de repente y levanta al cielo con violentas llamaradas densos turbillones de humo? Pues con igual furor comenzó entónces la peste á devastar vuestra Ciudad. El fuego del contagio semejante al fuego voraz que absorbió tan gran porcion del pueblo de Israel, consume dentro y fuera de vuestros muros á quantos toca, y nada basta á detener la rapidez con que se extiende.

Veriais luego los vecinos en mucho número y las familias enteras abandonar precipitadamente sus talleres y su quietud, y buscar en las llanuras de la otra parte del rio donde respirar en ayre mas puro. Imagináos á la muerte inexorable andar de casa en casa arrancando sin piedad al marido del lado de su esposa, de los brazos del anciano padre al hijo querido acaso único alivio de su vejez, al tierno niño de los de su madre cariñosa, que quizá al darle el último abrazo recoge el inficionado aliento que la une luego con él en un mismo sepulcro. Mirad amontonarse los cadáveres

res en los campos : no caber ya los heridos del contagio en los edificios destinados para hospitales : apartar por fuerza á los afligidos enfermos del cuidado y regalo de sus familias anegadas en llanto : resonar las plazas con clamores y alaridos que quebrantan el corazón : inundarse en lágrimas la Ciudad toda : y advertid que el cielo no escucha tanta tribulacion , que vuestros poderosos Patronos no alcanzan entónces del Omnipotente alivio de tanto mal.

Infeliz Ciudad , vas á aniquilarte. Los siglos venideros se compadecerán de tu desgracia , y llorando sobre tus ruinas recordarán tus antiguas glorias. Un contagio inextinguible hace caer atropelladamente en el sepulcro todos tus habitantes. ¿Quién detendrá tanta desolacion ? Solo se librarán los que te abandonen : ¿y quién te purificará ? ¿quién te restablecerá en tu esplendor ? De tí serán arrancadas tus generaciones : y las que salvare la fuga correrán á buscar el pan en otro suelo con fatiga y miseria , y no osarán volver al recinto de tus muros ; sus descendientes dirán acordándose de tí : aquella fué la patria de nuestros padres. Amados Oyentes , ¿seria de extrañar que así hubiera sucedido ? No respirariais hoy quizá baxo este cielo sereno , ni disfrutariais de tanto bien y riqueza , de tanta gloria y dicha en esta Ciudad privilegiada.

Pero todo aquel funesto aparato va luego á desvanecerse. El Magistrado y el Clero , como Moyses y Aaron , en aquel apuro , unidos con el consternado pueblo disponen sacar el fuego del Santuario y el incienso precioso , agradable á Dios , que en él guardan ; disponen llevar esta santa Imágen por esas calles , para que purifique con su presencia los ayres infectos , y movida á compasion con los clamores de tantos infelices incline la piedad de su Hijo. Ya sale por la puerta del Templo : ya sale como la aurora que se levanta por el oriente despejando las sombras tristes de la noche , y anuncia la serenidad y la paz á la atribula-

da muchedumbre que la rodea y acompaña, y que siente latir en sus corazones una halagüeña confianza, y vierte por sus ojos lágrimas ardientes de amor y de consuelo, viendo pasear por esas calles á su amantísima Reyna revestida de magestad y poder. ¡Cuán hermosos son tus pasos, hija del Príncipe ! ¡ Estos pasos que te dignas dar para alivio del quebranto de tu amado Pueblo! Huid, huid, sombras de muerte que aterrais este recinto; huid, hálitos contagiosos que infestais esta atmosfera; purificáos, auras vitales, santificadas ya con la presencia de la Madre de la vida. Nazcan las rosas y las azucenas donde pone sus blancos pies, y respiren todas las calles fragancia y alegría. Corred, afligidos vecinos, corred al olor de sus aromas. Levantáos, enfermos, de esos lechos: desprendéos un momento de los brazos descarnados de la muerte con quien lucháis: asomad y mirad y viviréis. *Misericordia, misericordia* se oye por todas partes. La confianza anima la débil voz que interrumpen la ternura y los sollozos. Llega ya la soberana Señora á la Iglesia de aquel sagrado Monasterio en que las hijas de Clara, las esposas queridas de su Hijo, unen sus devotos clamores á los del pueblo, y resuenan con nuevo fervor las repetidas voces *misericordia, misericordia*.

¿Y podría la Madre de misericordia tardar mas á escucharlas? Allá en el cielo ante el solio excelso de la Trinidad ruega por tí, Ciudad desconsolada, y sube su oracion como aquel agradable perfume del santuario á la presencia del Altísimo. El Señor la mira con ojos risueños, se complace de su petition, y manda luego al Angel, ministro de su justicia, que embayne el inflamado acero, y á la muerte que esconda su guadaña, y á la peste que se vaya retirando. Alégrate, pueblo fiel: suene ya el canto de regocijo y de amor. Llorad; corazones sensibles, almas generosas, admirad bondad tan singular. Vuelva ya el sagrado

Simulacro, vuelva á su Templo la augusta Princesa, y reciba por el camino los fervorosos obsequios de sus hijos que conocen desde luego y publican el beneficio de su proteccion. El llanto en la vehemencia del gozo embarga sus voces, y mirando con entusiasmo la santa Imágen y mirándose tiernamente unos á otros no saben cómo darse el parabien. Abrid las puertas de Betulia, las puertas del Templo y morada de Judith, que ya viene esta ilustre defensora, vencido el enemigo que os afligia, y diciendo como decia aquella: El Señor está con nosotros que ha hecho este prodigio en Israel ¹. Entrad con ella en el Templo: encended luces y ponéos todos en su rededor, como hicieron con Judith los de Betulia: dexad que se coloque como aquella en el lugar eminente: callad y oid que os dice con esos labios que destilan miel: „Alabad al Señor Dios nuestro que no ha abandonado á los que en él esperan, y en mí su sierva ha mostrado colmadamente su misericordia que tenia prometida á Israel ².”

Veis, Oyentes, en este suceso un testimonio irrefragable del amor que os tiene nuestra Señora, á que no pueden corresponder los esfuerzos de vuestro agradecimiento. Veis un suceso que os inspira la mas animosa confianza radicada en el indecible valimiento que goza María para con su Hijo, y en ese mismo amor que entónces os mostró. Vuestra fe y vuestra sensibilidad, y la mera consideracion del suceso, os aseguran de la realidad y grandeza de estos dos motivos de vuestra confianza. ¿Quereis confirmaros mas en esta persuasion? Oidme.

El sumo Sacerdote Abiathar cooperó con el General Joab á poner á Adonías en el trono de David. Sucede á David su hijo Salomon, y viendo este sabio Príncipe no sosegado todavía el espíritu de Adonías, manda darle la muerte: y ántes de hacer lo mismo con Joab, llama á Abiathar, y dícele: „Retirate á

Anathoth, y vive allí: eres reo de muerte: pero no te mataré, porque llevaste el Arca del Señor delante de mi padre David¹." Pues si Salomon atiende tanto en Abiathar el haber llevado el Arca del Señor delante de su padre en los años anteriores; ¿qué haría el verdadero Salomon Jesu Christo nuestro bien en el momento mismo en que llevabas, Pueblo devoto, al Arca santa de Dios, á la Santísima Virgen María, figurada en este Simulacro ante su Eterno Padre? Si Abiathar logró tanto bien sin representar al Rey aquella recomendacion y mérito antiguo; ¿qué no habías de lograr tú representándola, y no como quiera recordando un mérito tanto mas distinguido que aquel por la dignidad de su objeto, sinó contrayéndolo de presente? Si tanto mereció un Arca inanimada que solo contenia unos monumentos de la voluntad y poder de Dios; ¿quánto merecerá aquella Arca animada representada en esta Imágen, que contuvo en sí á la vida, al esplendor de los Santos, al mismo Dios? Y en fin si fué propio de la sabiduría de Salomon considerar en Abiathar aquella qualidad; ¿el considerar en tí esta otra tan superior, Ciudad venturosa, no será propio de Jesu Christo que es mas sabio que Salomon²?

¿Y cómo habia de negarse el Señor, Oyentes míos, á súplica de su Madre? Naturaleza humana, sencilla Naturaleza, tú sola conoces en tus individuos con cuánta fuerza mueve la voz de la madre al ánimo de su hijo cuya sensibilidad no está corrompida. Tú das á las palabras de la madre una energía, un temple fino y delicado, que solo siente el corazon recto de su hijo sin que pueda resistir. Tú has puesto tal simpatía, tal correspondencia entre los afectos de madre é hijo, que no pueden chocar, no pueden oponerse entre sí, si la pasion no los desordena. ¿Y acaso tus virtudes, hermosa Naturaleza, no son mas perfectas en la Virgen Madre María que en todas las criaturas? ¿Acaso

no son inefablemente perfectas en la Humanidad de su soberano Hijo, que habiéndote él mismo criado se dignó despues asumirte? ¿Acaso no estás agraciada y embellecida en María mas que en otra criatura con preciosísimos dones sobrenaturales? ¿Y acaso no está en Jesu Cristo terminada y realzada la Humanidad con la union hipostática del Verbo divino, y vestida y adornada de su gloria y perfeccion infinita? ¿Pues cómo habia de negarse aquel Hijo Hombre y Dios, santísimo y sensibilísimo, á súplicas de su Madre, la Madre mas tierna, la mas santa, la mas amada? ¿Aquel Hijo suyo, aquel Dios, cuya voluntad para todas sus criaturas es amor, cuyas palabras son amor, cuyas obras son amor, y cuya ira solo la inflama la iniquidad? ¿Aquel que generalmente favorece tanto á los malos por la mediacion de los buenos y aun meramente por atencion á la bondad que hay en ellos por su gracia? ¿Aquel Dios que á instancias del santo Abraham detenía el peso de su indignacion que amenazaba ya sobre Sodoma, si se hallasen dentro de ella cinquenta justos: y á nueva instancia del humilde Patriarca si se hallasen quarenta y cinco: y luego si se hallasen quarenta, y luego si treinta, y todavía si veinte, y por fin si solo se hallasen diez justos dentro de aquella maldita Ciudad? ¿Aquel Dios que en la horrenda peste que habia ya consumido en algunas pocas horas setenta mil vasallos de David, suspendió su furor, movido de la compuncion y amargura del tierno Monarca que confesaba tener la culpa de tanta mortandad? ¿Si tanto puede con aquella Magestad infinita la oracion humilde, si tanto puede la intercesion del justo; ¿qué tanto podrá la de tantas almas, Esposas tuyas, que están bebiendo la lumbré de su hermosura en las delicias de su gloria: y qué tanto podrá la mediacion de aquella Reyna, de aquella cándida Paloma, Madre suya, á quien en los

Cantares reconoce por única entre la innumerable muchedumbre de sus Esposas, y la llama perfecta, como que la perfeccion de las demas es como si no fuera cotejada con la suya ¹?

Pero, amados Oyentes, este es un abismo luminoso en que no halla cabo nuestro discurso. Ni podemos comprender las excelencias de María, ni ménos la grandeza de la caridad inefable con que el Señor la ama, que son los fundamentos de la eficacia de su intercesion. El entendimiento se fatiga por descubrir llenamente este objeto, y á la luz misma de los raciocinios que forma se deslumbra y se desvanece. Ahora esperais que os hable del amor singular que os tiene esta Señora, qual en aquel prodigioso lance os lo mostró, pues este dixe ser el segundo fundamento de la confianza que el mismo suceso os inspira, y lo que mas sensiblemente excita el agradecimiento.

Mas perdonadme, Amados míos, que yo no sé hablaros de este amor. ¿Qué os diré yo de este amor? ¿Quién me dará á mí que entre en el corazón de esa Señora: no basta esto: que penetre hasta lo mas íntimo de su espíritu y voluntad: y allí exámine cuál mana y corre suave y abundoso aquel río de su amor á las criaturas que inunda todo el universo: y luego considere quán particularmente lo encamina sobre tí, Ciudad dichosa, para que perenemente te bañe toda, te amenice, te hermosée, te enriquezca, te sacie y regocije, como cantaba el real Profeta: el río impetuoso alegra la Ciudad de Dios ²? Yo no puedo, Madre y Señora nuestra, entrar en ese pecho, morada pura del Espíritu de caridad, y considerar en sí mismo un amor tan grande, tan dulce y delicado. Mas acá á nuestra manera solemos decir, Señora, que el amor en las obras se ve: y por este rumbo sí que podré dirigir mi oracion en un campo tan ameno y

¹ Cant. 6. 8.

² Salm. 45. 5.

tan extenso que no será posible andarlo todo. Recordaré á tu querido Pueblo algunos de tus beneficios con que te has dignado continuamente significarle que aquel amor que entónces le mostraste era un amor muy fino, constante é inexhausto.

El primero que se me ofrece es una repetición de aquel mismo portentoso favor. En 1647 se encendió en nueva peste Valencia y vió espirar en cinco meses mas de veinte mil de sus vecinos. Xátiva se prepara contra el contagio con exquisitas providencias: mas á pesar de su solicitud la peste llega y entra en Xátiva á primeros de mayo de 1648. Viendo el estrago y que las fuerzas humanas no le cortaban, se acude á pedir solemnemente la protección de María Santísima en su adorada Imágen de la Seo. Llévase por las calles en procesion entrando en la misma Iglesia de Santa Clara. Desde entónces se fué aprisa desvaneciendo la peste¹. En los tres años primeros de este siglo horribles tempestades asolaron este distrito. Tú, Xátiva, sosegada á los pies de tu Madre mirabas compadecida las ruinas de tu comarca: un menudo granizo que cae solo sobre tí te dexa mas segura en tu esperanza². Con igual tribulacion se halla en 1742 afligido todo el reyno: los campos talados, ménos los tuyos, Ciudad gloriosa, presentan un espectáculo horroroso: mas en el mediodía del 26 de mayo una parda nube te roba la luz del cielo, y rompe en furiosa piedra: clamas á María, y parece no te oye: sigue largo rato la borrasca: envuelta en lóbrega noche crees que el cielo va á desplomarse sobre tí: quizá tu espanto nunca fué mayor: cesa la nube: sales á llorar en tus huertas la mas lastimosa calamidad: pero te suspende el ver todo tu campo como el campo de Gesen á quien no tocó la piedra que asoló lo restante de Egipto³: la ves amonto-

¹ Véase la nota primera de la pág. 7.

² Véase dicha nota.

³ Exód. 9. 26.

nada sobre tu suelo y edificios, y separada de toda tu huerta por una línea que la corta¹. Me estremece, Oyentes, la memoria de aquel conflicto en 1748. Los cimientos de esos montes se revolvieron y se agitaron, porque el Señor se airó contra ellos: tu mano omnipotente, Dios mio, levantó aquella mole del castillo de Montesa y la estrelló: legua y media dista Montesa de San Felipe: los moradores de este recinto todavía cuentan con susto las desgracias que los afligieron: y esta Ciudad feliz colocada y reclinada en los brazos de su Madre solo sintió aquellos dias una blanda agitacion. En julio de 1756 venia la langosta, como densa niebla, ocupando y destruyendo la belleza y riqueza del suelo. Esta Ciudad desde luego se exhala en devotas súplicas á sus santos Patronos, especialmente á su amabilísima Protectora. En pocos dias quedan desnudas todas esas montañas. La langosta se extiende y hace asiento en vuestra vega; pero la dexa ilesa. En 1766 las continuadas lluvias os hacian ya casi desconfiar de la prosperidad de vuestras cosechas: esa benigna estrella serenó vuestro cielo. En 1774 la sequedad extraordinaria del otoño os anunciaba general indigencia: compadecida á vuestros ruegos tan benéfica Patrona os consoló con lluvia blanda y abundante de algunos dias. ¿Y no experimentais constantemente que apenas descubris ese santo Simulacro, se amansan los vientos, se parten las nubes, se despejan los ayres, y no os causan daño alguno de consideracion las tempestades que mas pudieran aterraros? Bien sabeis que no os recuerdo todos los favores que nuestra Señora en comun y en particular os dispensa: ¿pero quién los contará? Ciudad escogida, quiero decir de este patrocinio con que te distingue la Santísima Virgen lo que dice la Sagrada Escritura de Judith, que despues de haber defendido á Betulia del ejército de Holoférnes, no hubo en todo el dis-

1 Véase dicha nota,

curso de su vida quien incomodase á Israel ¹. Tu Judith vive todavía, y ya no morirá, ni aun puedes temer que quiera abandonarte. Esta proteccion tan continuada, amados Oyentes, os puede bien confirmar en la persuasion de que aquel beneficio que os alcanzó en 1600 era un testimonio del cariño mas fino y mas constante, cariño que ha de abrasar vuestros pechos en llamas de gratitud.

2.... Bendito sea el Señor que ha dado tal descanso á su Pueblo ², y nos franqueó tanto las riquezas de su misericordia en aquel dia de propiciacion en que se dignó mostrarnos la preciosidad inestimable de este tesoro depositado en su Santuario, de este incienso escogido y purísimo que dispuso con su sabiduría y amor para que ofrecido á su Magestad en la tribulacion incline su bondad al alivio de nuestros males. Fieles mios, yo temo ahora entrar á hablaros del agradecimiento. Mi espíritu desfallece, quando á vista de tan inmensa bondad, á vista del esplendor y grandeza del divino Hijo y de la soberana Madre me vuelvo á buscar en nuestra miseria con que manifestarles nuestra gratitud. ¿Qué harémos, Hermanos míos? Arde vuestro pecho: vuestro corazon sensible se derrite á la violencia de un afecto justo á que no es posible resistir. Siempre esta preciosa sensibilidad os ha inspirado demostraciones que acreditan vuestro reconocimiento á la benéfica Patrona. No os contentasteis (¿y cómo habiais de contentaros?) con perpetuar la memoria de aquel singular beneficio solemnizándola anualmente con devota pompa. Ahora disponeis que no solo los años de por sí ³, los siglos enteros la recuerden tambien á la posteridad con celebridad extraordinaria. Ahora prescribís á las generaciones que os sucederán

¹ Judith 16. 30. ² 3. de los Reyes 8. 56.

³ No consta que en 1700 se celebrase con solemnidad de centenar la memoria de aquel suceso, que desde luego se celebraba anualmente con procesion claustral, y despues hasta ahora con procesion solemne por las calles y estacion en la Iglesia de Santa Clara.

lo que deben hacer para inmortalizar en la serie de las edades futuras los tiernos sentimientos que os inflaman. ¿Y os contentais con esto? No os contentais. Decís que todavía hallais el beneficio y el amor con que se hizo muy superior á toda vuestra correspondencia, y que quisierais hallar la manera de obsequiar cumplidamente á vuestra amabilísima Bienhechora. Pues, Amados míos, esa manera yo os la diré: y si vuestro agradecimiento es sincero, como no dudo que lo es; usaréis de esta manera de mostrarle. No os la diré por rodeos: bien claro y bien pronto os la diré: celebrad la presente solemnidad con limpieza de conciencia y compuncion de vuestras almas: procurad no mancharlas jamas con el pecado: y con esto cumpliréis. En nuestra miseria no hay con que satisfacer á Dios y á su santa Madre: y para satisfacerles de la manera que digo su misma bondad nos dará quanto necesitamos.

El Señor y la Señora nos concedieron en aquel espantoso conflicto lo que les pedíamos: concediéndonoslo nos aseguraron de su benigna proteccion y nos la continúan. ¿Porqué nosotros no hemos de darles lo que nos piden? Y si con eso que nos piden se dan por satisfechos; ¿para qué amontonamos obsequios que sin eso no les agradan? Loable es el aparato y pompa exterior, y la harmonía de voces é instrumentos, y la decoracion de los templos y las calles, y los alegres concursos, y la magnificencia y grandeza del culto: todo esto son señales del alborozo del alma, este es el language del agradecimiento: esto es ofrecer á Dios como en sacrificio los bienes y la riqueza que nos da: este bullicio festivo, este regocijo, esta agitacion hace que el fuego de la devocion se avive y pase como llama ligera de unos corazones á otros, y excite con entusiasmo sus piadosos afectos. Pero si este calor santo no sofoca las viciosas pasiones, si no purifica el espíritu; si ántes al revés con esta alegre inquietud y multitud de objetos se remueve el fondo corrompi-

do del corazon, y acaso arde mas que nunca en un fuego profano; ¿cómo han de ser agradables á Dios y á su Madre las demostraciones y obsequios mas solemnes? ¿estos pomposos sacrificios exteriores cómo han de exhalar olor de suavidad ante aquella Magestad adorable á quien se dirigen? Repítenos, ilustrado Isaías, repítenos algunas palabras del Señor á su Pueblo de Israel ufano y fiado en la grandeza y aparato de sus sacrificios y festividades. Terribles son, Profeta santo: pero repítelas á un Pueblo fiel, y por la divina bondad mas dispuesto á oirlas que aquella nacion á quien predicabas. „¿Para qué me venís á mí, „decia Dios á Israel, con tantas víctimas? Yo de na- „da necesito: no me ofrezcais sacrificios vanos: el incienso es abominacion para mí: la neomenia, el sábado, las otras festividades no las puedo sufrir: ini- „quos son vuestros concursos: vuestras calendas, vuest- „ras solemnidades las aborrece mi alma: laváos, sed „limpios, apartad de mis ojos vuestros malos pen- „samientos.”¹ Esto decia, Oyentes míos, el mismo Señor, que en otro tiempo se manifestó tan complacido de aquella fiesta solemnísimá con que la misma nacion congregada en Jerusalem llena de devocion y humildad celebró la dedicacion del Templo, en la que Salomon ostentó la mas estupenda magnificencia en la disposicion del ornato y estruendo harmonioso de los conciertos y multitud de víctimas que llegaron á veinte y dos mil bueyes y ciento y veinte mil carneros:² porque en esta festividad veia el Señor la devocion y alegría santa del Monarca y del Pueblo. Y así en prueba de su complacencia envió fuego de su cielo que consumiese las víctimas, y llenó visiblemente el Templo del esplendor y gloria de su Magestad.³

Exhállese enhorabuena la Ciudad toda en expresiones festivas: adórnese y vístase de gala: é inúnde-

1 Isaí. 1. 2 3. de los Reyes 8. y 2. del Paralipom. 5. y 7.

3 3. de los Reyes 8. y 2. del Paralip. 7.

se de gozo con la memoria de aquella dignacion de nuestra Madre. Decórense con magnificencia las calles por donde ha de pasar su sagrada Imágen: suenen con su presencia alegres aclamaciones: explique la lengua la gustosa comocion del espíritu agradecido: vea la Madre el alborozo de los amados hijos: y muéstrese en medio de ellos con la grandeza y esplendor de su hermo-ura. Ofrezcamos en el propiciatorio en que reside la víctima incruenta de nuestra redencion, que es la ofrenda mas digna á la eterna Magestad en hacimiento de gracias por los prodigios de su misericordia. Pero, Amados mios, no parezcamos nosotros mismos manchados y asquerosos á sus ojos: limpiémonos de la culpa: detestémosla: una conciencia sana, una intencion pura, una devocion sincera santifique nuestros obsequios: no acaezca que quando nos juntamos solemnemente á mostrar á Dios nuestra gratitud por habernos librado esa dulcísima Patrona de la peste de nuestros cuerpos, nos presentemos todavía con el contagio en el alma, ó la inficionemos en la misma solemnidad. Acordémonos de las palabras que el Salvador dixo á aquel enfermo, á quien despues de haberle curado milagrosamente encontró en el Templo: „Mi-
ra, le dixo, ya estás sano: ya no peques, no te su-
ceda cosa peor”¹.

Y si quereis, como es debido, eternizar en la memoria de la posteridad vuestro agradecimiento á la Vírgen; hacedlo tambien de otro modo bien digno y fructuoso. Llenad á vuestros tiernos hijos de estas ideas: hacedles mirar ese augusto Simulacro: decidles á quien representa: contadles los acontecimientos maravillosos en que os ha manifestado esa Señora el cariño con que os ama, inspiradles á su dulce nombre una veneracion cordial y un amor verdadero á sus virtudes: enseñadles qué deben hacer para tenerla propicia: é ins-
truidles con vuestro exemplo en la rectitud de costum-

bres y pureza de vida que corresponde á hijos tan predilectos y favorecidos. Al entrar ó salir de este Templo detenéos con ellos alguna vez á su puerta, y tomándolos de la mano, mostradles los cortes de los arcos y paredes y la planta de su fachada, y decidles que á vosotros y á ellos toca acabar esta Casa sagrada que comenzaron y promovieron y han llevado al estado actual vuestros mayores, y que es vuestro asilo en la calamidad y tribulacion. Entended que esta es otra manera muy digna de corresponder á la soberana Reyna por sus favores: y sabed que David para acabar de alexar de Israel la peste que ocasionó su pecado construyó un altar á Dios y le ofreció sacrificio, en el mismo monte en que despues se erigió el Templo de Salomon, como poniendo ya con esto en alguna manera sus cimientos: y aunque Areuna dueño de aquel terreno se lo daba á David graciosamente con todo lo necesario para este objeto; no quiso sinó comprarlo de su dinero y costearlo todo, y hecho este obsequio á Dios cesó enteramente la plaga en Israel¹.

VI.

Pero vedme ya, Fieles míos, en el fin de mi oracion, en que he querido bosquexaros la grandeza de aquel insigne beneficio, y la confianza y agradecimiento que os inspira, y la manera digna de corresponder á tanta bondad. Mis esfuerzos no pueden presentaros en todo su esplendor un objeto tan grande: mas por la misericordia de Dios á vuestra tierna devocion una sola palabra la inflama: y teniendo á la vista esa santa Imágen en esta solemnidad y pompa con que la adorais; la memoria sola de aquel beneficio, el nombre dulcísimo de María basta solo con el auxilio de la gracia divina á causar en lo íntimo de vuestro espíritu una comocion fervorosa, que actúe y avive quantas ideas de gratitud y esperanza, quantos deseos de

corresponder con una vida santa á la proteccion de esa Señora no podria yo por mí excitar en vuestras almas. Aquella sublime y única Deidad, que nos hace ver de quando en quando inefablemente unidas su inmensa justicia y su inmensa clemencia, y que, quando envía sobre alguna porcion del linage pecador de Adan el fuego de su ira y permite que con rapidez irresistible corra sobre ella á expiar su iniquidad, oye á su misma criatura que se interpone con la ofrenda de propiciacion á implorar su misericordia, y aplacándose detiene su venganza; aquella Magestad adorable sabe igualmente con una gracia delicada hacernos ver la grandeza de esta bondad suya quanto necesitamos para amarla y agradecerla.

Esta gracia suplirá la debilidad de mis esfuerzos. Vosotros, Moradores venturosos de San Felipe y su recinto, á quienes la piedad y amor á María distinguidamente caracteriza, vosotros conservaréis altamente impresos en vuestro interior los sentimientos preciosos de que con este auxilio del cielo os reconocéis animados. Y vosotros, ilustres Individuos del Comercio de esta Ciudad, podeis bien esperar que esta generosa Señora, complacida de los obsequios religiosos con que por vuestra parte contribuís á la solemnidad de estos días, echará su bendicion sobre vuestras personas y familias, y prosperará benéficamente las útiles tareas con que atendeis del modo que os incumbe á la comodidad y felicidad de este Pueblo.

Pero Vos, Emperatriz augusta de los cielos, Reyna, Señora y Madre de los pecadores, dignáos continuar en mirarnos con esos ojos que respiran amor. Proteged siempre á esta Ciudad dichosa, defended á sus vecinos, que cifran todas sus glorias en llamarnos Madre, de las calamidades y borrascas que afligen y obscurecen los días de nuestra peregrinacion. Preservadles del contagio funesto de la culpa, conservad y avivad en sus corazones aquellos afectos puros que

corresponden á hijos vuestros. Admitid estas demostraciones con que se esmeran en manifestaros su gratitud: y oid benignamente las súplicas que en comun y en particular os dirigen. Dadles á sus tiempos la serenidad y la lluvia: ría sobre sus campos el cielo, y fecúndelos y favorezca sus labores: giren sobre sus vidas plácidamente los años con alegría y felicidad: vean crecer sus amados hijos en el santo temor de Dios: el gozo suave del Espíritu consolador ocupe siempre sus almas y endulce sus cuidados: la gracia, la poderosa gracia rectifique todas sus acciones y nos acompañe á todos y nos introduzca en la holganza eterna y compañía vuestra y de vuestro Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reyna en los siglos de los siglos. Amen.

O. S. C. S. R. E.

Puede imprimirse:

D. Roa.

Imprímase

Carrus.

1.0.161.434

